

Capítulo 4

**“La Proyección como Proceso
y como Mecanismo”**

LA PROYECCIÓN COMO PROCESO Y COMO MECANISMO

Bernard Brusset

La proyección es a la vez un mecanismo elemental testimonio de la fragilidad de la organización defensiva y un proceso cuyo rol es fundamental en el funcionamiento psíquico. En este doble aspecto, la proyección guarda especificidades diferentes en la neurosis y en la psicosis al punto que se las deba considerar como fundamentalmente diferentes?. O bien las diferencias de contexto, del nivel del funcionamiento psíquico, de lugar, de función pueden explicar las diferencias clínicas justificando la unidad de la proyección desde el punto de vista metapsicológico?. Sus relaciones con la escisión y la identificación, destacadamente en el campo de las identificaciones proyectivas, harán lugar a desarrollos teóricos considerables que alcanzan puntos de vista aparentemente contradictorios . De una manera general, las relaciones de la proyección y de la introyección constituyen el eje privilegiado a partir del cual se puede oponer la función expulsiva y la función elaborativa. Se trata de este punto de vista el que yo espero transmitir aquí mediante dos casos clínicos.

En el curso de la cura analítica, en las organizaciones neuróticas, sucede que la emergencia de fenómenos proyectivos da testimonio de la fragilidad narcisística y sugiere la idea de la existencia de un nivel de funcionamiento psíquico límite (borderline). Pueden consistir en la transferencia un obstáculo más o menos durable. Así sucede en el curso de ciertas formas de transferencia narcisista muy idealizantes: Un síntoma es asignado al análisis adquiriendo el status salvaguardar el narcisismo del paciente de hipocondría de transferencia (B. Brusset, 1998) con sospecha y desconfianza respecto del analista. La interpretación se halla, un tiempo excluida ya sea directamente por el paciente, ya sea por el hecho de que ya no puede más que reforzar el vacío persecutorio. En la neurosis fóbica notablemente en el hombre, esta forma de resistencia al análisis instala un problema técnico al punto de volver necesario el retorno al menos temporario a la relación cara a cara, pero es ciertamente preferible contar con el tiempo, los efectos del encuadre, de la comprensión empática y aquellos de una técnica particularmente atenta a.

El caso de Étienne es ejemplar en este tema. Trastornos fóbicos e inhibiciones habían llevado a la cura analítica de cuatro sesiones por semana a este muchacho de 26 años. Al final de los tres años de un trabajo analítico para el cual él estaba en condiciones, la proyección determinó una transferencia idealizante sobre el analista y de inmediato sobre el análisis. La desilusión respecto de los poderes mágicos del analista determinaron una escisión entre el analista devaluado sospechado y el psicoanálisis que permanecía idealizado. Al analista se le suponía haber "dado vuelta su ropa, renunciado a la práctica del análisis, en suma haber traicionado la causa. Étienne estaba persuadido de ser mi primer y mi último paciente. El psicoanálisis permanecía como un medio de cumplimiento narcisístico completo: pensaba que los analistas eran tan lúcidos y tan perfectos que en las relaciones entre ellos no había lugar ni para la sexualidad ni para la palabra. La puesta en cuestión de la idealización suscitó un tiempo de tendencias interpretativas. Étienne daba un sentido exclusivo a pequeños cambios del

decorado o a actitudes del analista de las cuales él se esforzaba por descifrar el sentido: si el diván estaba girado hacia la ventana era para mostrarle que debía girar hacia el exterior, el menor cambio tenía un sentido que le estaba destinado por el analista, a quien le reprochaba no decirselo directamente. Así sucedía a causa del mínimo movimiento del analista quien era así mantenido bajo control e inmovilizado: "Es bien visto que usted tuvo un movimiento para evitarme cuando nos cruzamos en el corredor!" y otra vez: "Por qué me sonrió? Es un error técnico: usted sobrecarga la transferencia!" La tentación contratransferencial hubiera sido el humor, lo que estaba radicalmente excluido.

No carecía de pertinencia relacionar las interrogaciones ansiosas de su infancia en relación a una madre que estaba poco disponible para él y que, según recuerdos dolorosos, descalificaba cruelmente los regalos que le hacía en carácter de vanas demandas de amor. Pero su exasperación se volvió tal que prohibió la interpretación a su analista, reprochándole renunciar a análisis: mensaje paradójico que repetía en roles invertidos, con esa madre que él había vivido y descrito como muy narcisista. Con el precio de la homosexualidad, el padre había adquirido una gran importancia como sustituto materno y como padre ideal, con el cual la rivalidad era imposible.

En el curso del análisis, las fobias habían desaparecido y bastantes cambios felices se habían manifestado en su vida, pero las proyecciones adquirieron una tonalidad netamente persecutoria y él derivó en centrar sus quejas sobre sensaciones físicas y trastornos somáticos directamente imputados a análisis. En ciertas situaciones sociales por lo general evitadas lo acometían sudadas muy mal soportadas. El hecho de que debía tomar un tranquilizante era a sus ojos la prueba del fracaso del análisis.

La reivindicación y el odio se volvían a sus ojos justificables y racionales y la proyección negaba la deuda, la dependencia, el rencor. Más fundamentalmente, tanto la envidia como la gratitud, así como la experiencia de la transferencia en sí misma eran narcisísticamente insoportables.

No obstante, llegó el tiempo de la analizabilidad, de la vuelta de la confianza y de los cambios. Primero la atenuación después la desaparición de su amargura, lo llevaron a hacer un recuento finalmente positivo de su análisis, lo que volvió posible el final de éste.

Pero él guardaba sin angustia conciente en el contexto fóbico específico su síntoma perturbador de las sudadas, por ello su dependencia con los tranquilizantes. Una vez que partió al extranjero, me volvió a ver en numerosas ocasiones mostrándome tanto sus progresos en la vida como la "enfermedad que le había dado el análisis, enfermedad por la cual él multiplicaba las consultas médicas y la toma de tranquilizantes, lo que él me reprochaba rehusándose a pagarme. Dos años más tarde, más relajado, volvió a decirme que estaba curado: un psiquiatra le había por fin explicado que los sudores provenían de los tranquilizantes que él tomaba en exceso.

En las organizaciones no neuróticas, la proyección revela aspectos diversos que pueden asociarse o sucederse de una forma que aclara sus lógicas.

En otro caso, el de Christine, en el curso de un episodio psicótico con angustias paranoides y depresivas que la llevó a necesitar hospitalización con quimioterapia neuroléptica y antidepresiva, su evolución en psicoterapia ha permitido ver tres significativos aspectos de la proyección:

- Un modo de funcionamiento psíquico basado sobre la proyección que, paradójicamente, volvió posible el trabajo analítico;
- La aparición de un síntoma de presentación alucinatoria que fue posible ser analizado y del cual su determinismo se presta a discusión.
- En fin la acusación proyectiva directa del analista en el curso de una sesión.

La organización psíquica correspondiente al primer aspecto plantea numerosos problemas que pueden ser aclarados por la teoría de la génesis de la diferenciación del yo y del no yo, es decir del adentro y del afuera en la diversidad de sus relaciones del uno con el otro (Freud 1915) esta es la pregunta central que aporta toda su envergadura a la cuestión planteada por la teoría de la proyección como proceso y como proceso que implica la negativización del adentro en provecho del afuera.

La comparación con la proyección paranoica tal como puede aparecer en el curso o en el como en el caso de Étienne, permite situar la diferencia en la relación de la proyección con la introyección tal como se halle determinada ya sea por la represión, por la negación o por la escisión. En las neurosis la proyección queda subordinada a la represión de modo que la relación con la realidad se mantiene. La proyección psicótica por lo contrario, atestigua el fracaso de la represión, la emergencia del retorno de lo reprimido y bajo la cobertura de otros modos defensivos recrea de otro modo la realidad psíquica negativizada previamente. La percepción y la interpretación de una parte al menos de la realidad exterior está regida por la realidad psíquica como bien lo muestra el caso Schreber (1911).

A propósito del "mecanismo paranoico" Freud escribe primero: "Una percepción interna es reprimida y como sustituto de ellas contenido llega a la conciencia bajo la forma de percepción proveniente del mundo externo después de haber sufrido alguna transformación (Pág 288) y agrega: "Esto no sucede solamente en la paranoia, sino también en otras circunstancias de la vida anímica a la cual igualmente le asignamos una participación común en nuestra posición respecto del mundo exterior. Si nosotros no buscamos en nosotros mismos las causas de ciertas sensaciones de origen sensorial, como lo hacemos en otras sensaciones, sino por lo contrario, la situamos en el exterior este proceso normal merece también el nombre de proyección" (Pág 289). Pero precisa más adelante a propósito de la paranoia: "No es exacto decir que la sensación interiormente reprimida es proyectada hacia el exterior; nos damos más bien cuenta de que ha sido interiormente suprimida, hecho que la hace retornar desde el exterior" (Pág 294). La teoría de la proyección como proceso puede admitir, en los casos más favorables al menos la coexistencia de esta doble dimensión. El trabajo analítico reclama la primera a expensas de la segunda.

A partir de "Tótem y Tabú" (1912), sabemos que la actividad perceptiva puede ser considerada como una de las modalidades de un poder originario de proyección que vuelve al mismo tiempo a privarla de toda objetividad y que la definición del límite adentro-afuera, imaginario-realidad, depende del nivel del funcionamiento psíquico, el cual no es independiente de los factores

culturales. De ese modo se encuentra introducida la idea de la proyección no defensiva, tributaria de la regresión, por ejemplo de la regresión narcisista a la omnipotencia del pensamiento, al pensamiento mágico.

En el caso de Christine, las manifestaciones emergentes del pensamiento mágico si bien se emparentan notablemente por las premoniciones con el pensamiento obsesivo, se sitúan mejor en el orden de las defensas maníacas con la inversión de la impotencia en sentimientos cargados de omnipotencia. El interés de este caso es, a mis ojos, el de mostrar cómo la actividad proyectiva produce, en psicoterapia, un material que vuelve posible secundariamente el trabajo analítico que de otro modo hubiera sido imposible. La puesta en discurso en las sesiones, y del hecho de los efectos en el encuadre y en la transferencia, permiten jugar la diferencia del adentro y del afuera en la aprehensión de la realidad situada en tercero productor de sentido, es decir los interrogantes sobre las razones de las interpretaciones de apariencia delirante, sobre las funciones que ellas tienen, por ejemplo la de invertir la vivencia de impotencia y de pasividad en poder activo y la del control de la violencia pulsional. En un tiempo segundo, la emergencia de una forma de actividad transicional transforma el modo de funcionamiento psíquico, volviendo posibles las introyecciones estructurantes, allí donde aún la subjetivación estuvo excluida por el proceso proyectivo.

Christine, 35 años, enfermera, casada hace dos años, sin hijos, fue hospitalizada por depresión grave con desorganización de tipo psicótico. Los mecanismos y los temas delirantes eran polimorfos y fluidos. A continuación, bajo tratamiento antidepresivo y neuroléptico, aparecieron diversos síntomas de diagnóstico psiquiátrico difícil, que evocaban tanto fenómenos maníacos (excitación, fuga de ideas, tanto trastornos obsesivos con premoniciones y pensamiento mágico).

Desde el punto de vista psicoanalítico, se trataba de una regresión narcisística a una regresión del pensamiento, al pensamiento mágico, en la negación omnipotente típica de las defensas maníacas. Pero la temática permanecía tributaria del movimiento melancólico: Ella creía detener un poder nocivo para su medio ambiente y para el mundo del cual ella leía los efectos en los acontecimientos, las enfermedades y las muertes que sobrevenían a su alrededor y en el mundo. Ella las interpretaba como debidas a lo que ella hacía, lo que ella leía, lo que ella pensaba. Ella debía entonces retirarse del mundo para proteger a los otros, pero también para protegerse ella misma de una amenaza oscura proveniente de los otros. Esta amenaza permanecía enigmática a la vez que la fuente de la "capa de miedo" que la envolvía desde que ella sabía.

Esta semiología fue aclarada por los elementos de su historia los cuales pudieron ser progresivamente precisados.

Se encontró que en muchas situaciones ella se encontraba nuevamente sintiéndose culpable del accidente o de la muerte de alguien cercano. Desde su adolescencia, ella estableció una relación amorosa y erótica con un muchacho que fue víctima de un accidente y quedó discapacitado. A continuación, ella intentó ayudar a una amiga con problemas psicológicos que se suicidó dejándole una carta donde la acusaba de haberla abandonado. La realidad parecía establecer y acreditar el sentimiento que ella tenía de ser peligrosa para los que se le acercaban. En consecuencia, ella adoptó una

actitud pasiva y se esforzó por adaptarse a los deseos de los otros, a pesar de sentirse alienada y prisionera de un rol que no le correspondía verdaderamente. Ella rompió al final de muchos años con un hombre del cual ella se sentía la muñeca y que no le daba ninguna satisfacción sexual. También sucedió que habiendo vuelto a vivir cerca de sus padres, su padre desarrolló un cáncer de evolución muy rápida. Ella vivió entonces una pasión amorosa por un hombre ideal, un cierto Juan, en un contexto que actualizó de manera traumática la configuración edípica. En la misma época su padre murió en condiciones particulares que se convirtieron para ella en la fuente de una culpabilidad tan fuerte como negada. Ella reconoció que solamente la noche con su padre en agonía en grandes dolores, solicitó calmantes, debiendo tomar la decisión de acelerar la perfusión, es decir de matarlo, gesto necesario del cual ella estuvo lejos de imaginar las implicaciones ulteriores.

En efecto, este acontecimiento constituyó el punto clave de una forma de traumatismo acumulativo impresionante. La relación con Juan y la ruptura que él le impuso brutalmente cristalizó lo que se puede llamar el nudo traumático. Ella lo nombra como un estado de alineación más que un estado amoroso. En su presencia, ella tenía el sentimiento de la transformación del ambiente, una inquietante extrañeza por la cual ella se percibía a sí misma diferente. La atracción sexual no era lo más importante, ni tampoco las raras relaciones sexuales, más bien los entre juegos narcisísticos en términos de vida y de muerte.

Los fenómenos de despersonalización y de desrealización así como las interpretaciones paranoides allí se ligaron directamente pero de manera diferida puesto que, mientras tanto, ella se casó con cierta precipitación con un hombre que correspondía a la predicción de una vidente y con el cual las relaciones estuvieron en conjunto marcadas por el masoquismo. Es al cabo de dos años que sobrevino la descompensación depresiva y delirante que desembocó en la hospitalización.

De la relación con Juan, ella dio versiones sucesivas confusas y contradictorias como también esfuerzos por volverla integrada con sus representaciones del mundo, de los otros y de ella misma. Él la habría seducido, entre nado en una ceremonia iniciática, captado en sus lógicas desconocidas para ella: los lugares de cita estaban codificados, toda coincidencia toaba valor de mensaje, que ella pensaba deber descifrar allí su destino. Pero este aspecto enigmático y fascinante reenviaba directamente a la imagen de su padre, tal como ella lo percibía en su infancia.

En el curso de la psicoterapia, ese período de su vida quedó largo tiempo como una zona traumática de su memoria, como una contusión o una llaga que debía ser evitada, ser tratada por diversos medios nunca suficientes. Como los pasajes al acto diversos, estaba la investigación de un saber esotérico, de medicinas paralelas, de magos de toda estirpe, y luego después de las decepciones recurrir a lecturas en la búsqueda de otro mundo, de otra verdad susceptible de ayudarla a comprender porqué ella se sentía diferente de los otros, peligrosa para ellos, y porqué los otros eran para ella tan rechazantes y frustrantes.

La quimioterapia neuroléptica y antidepresiva prescrita por un psiquiatra paralela a la psicoterapia de dos sesiones por semana, aseguró la reducción de la angustia y conjuró el riesgo de la vuelta de la reacción depresiva constituyendo un precioso medio de repartir la transferencia y sobre todo al

comienzo hacerle frente a los movimientos imprevisibles y masivos que invertían sus valores. A despecho de una cierta desconfianza inicial, la relación en psicoterapia conmigo se instaló progresivamente bajo el modo de la seguridad reencontrada. Las ideas de complot de las cuales formaban parte sus terapeutas permanecieron fugaces, aunque ella prevenía ese peligro y sobre todo el del abandono, de la pérdida posible por la búsqueda de otros métodos, otros terapeutas, o diciéndose que no tardarían en rechazarla disuadiéndose por lo tanto del intento. Esta forma de difracción de la transferencia era sin duda la condición para el mantenimiento de la buena relación de una buena transferencia de base y de la regulación de ésta. Pero ella tenía como lo veremos también otros significados.

Le fue imposible durante mucho tiempo de hablar de ella misma, de tomar conciencia de su propia actividad de pensamiento así como de la existencia de un mundo interior. Toda su atención y su discurso estaban centrados sobre el sentido de los acontecimientos y del de sus trastornos somáticos y enfermedades en la actualidad de su vida. La percepción tenía el lugar de la representación imaginaria con una intensa actividad interpretativa.

Se trata del primer tipo de actividad proyectiva el cual se distingue netamente de los otros dos.

La compulsión a interpretar

Las coincidencias tenían de conjunto un sentido que se le imponía a ella con toda la evidencia de la percepción de un hecho. El sufrimiento que ella sentía y el investimiento de la relación terapéutica la conducían a hacer de ella discurso y a interrogarse progresivamente con el analista sobre las razones de sus creencias.

Las enfermedades de su ambiente y los acontecimientos catastróficos que sucedían en el mundo eran percibidos de manera objetiva, pero infería de ellos la existencia de una causalidad misteriosa que provenía de ella misma. Por esta creencia ella daba a todo acontecimiento que solicitaba su atención por alguna coincidencia un significado autoreferencial insistente. Eran interpretados como producidos por una fuerza maléfica que estaba en ella. Ella sufría de un pesar experimentado semejante al del automatismo de las ideas que no vendrían ni de ella ni de los otros, sino de su cerebro, decía: "Yo tengo atadura con el automatismo de mi cerebro".

Aún cualquier lectura que ella hacía podía provocar catástrofes. De ese modo ella leía una leyenda de la mitología griega sobre el origen de la esfinge en un combate entre un león y un águila. O el día siguiente un tren no podía pararse y entraba violentamente en la estación de Lion: un avión se rompía en China. Ella ponía en equivalencia simbólica el león y la estación de Lion, el águila y el avión chino: pero como lo muestran sus asociaciones, el combate de esos dos animales reenvía al fantasma de una escena primitiva destructiva inmovilizada en la figura compuesta de la esfinge que evoca al fantasma de los padres combinados descrita por Melanie Klein.

Ella se siente responsable lo que justifica y racionaliza sus evitaciones y su retiro social en un espacio privado que ella llena con libros elegidos cultivando su actividad profesional bajo un modo restringido, y su vida conyugal no sin crisis ni sin masoquismo. La escisión (clivage) permitía el mantenimiento de una bastante buena adaptación con la realidad más allá de su locura respecto

de la cual ella guardaba una distancia crítica variable delimitada por la intensidad de la angustia y del sufrimiento.

Esta clínica sugiere muchos comentarios

La función defensiva de la proyección es de desconectar todo lazo con deseos, movimientos pasionales, afectos, toda posición del sujeto, de modo de situar en la realidad exterior hechos percibidos como objetivos de los cuales ella sustrae el poder destructor que está en ella, aplacando la culpabilidad como resultado de un razonamiento lógico deductivo: es para ella algo del orden de la evidencia primera, volviéndose posible de manejar por medio del pensamiento conciente y por medio del discurso que ella me hace y que ella puede anticipar.

Ella quiere hacerse testigo multiplicando los ejemplos como pruebas de que no hay azar, así como a través de construcciones sofisticadas de la más alta fantasía. El sentido de un acontecimiento de la realidad aparece en el curso de las sesiones ligado a un conjunto de asociaciones que hacían desaparecer toda participación subjetiva por su parte, pero dándole una pseudoracionalidad que la acusa. Pero la función de una creencia es en principio la inversión maníaca de una vivencia de impotencia en omnipotencia mágica. A través de ella se hallaba introducida la posibilidad de construcciones en referencia a las vivencias traumáticas de su historia infantil, entonces a lo largo, la de reestablecer los elementos desmembrados de un rompecabezas en la lógica y la legitimidad reencontrada de los afectos y de los deseos de su realidad interna negada.

Ella ve en los acontecimientos los efectos de una destructividad interna que se realiza a pesar de ella y que no corresponde a ningún deseo: su cumplimiento en la realidad exterior constituye una prueba y ella se siente moralmente responsable (y no públicamente acusada: como en el sueño, el deseo inconciente se realiza). El cumplimiento, a causa de ella y a pesar de ella, está por fuera de todo deseo conciente. Los hechos la acusan: ella siente inquietud y también satisfacción porque ella está justificada como víctima y hay alguna cosa en ella que no es de ella. La realización alucinatoria del fantasma de agresión y de destrucción constituye un objeto interno malo inconciente del cual ella no puede más que constatar los efectos y sacar las conclusiones que son más del orden de la restricción que de la punición.

El funcionamiento proyectivo fundado sobre la negación de la realidad psíquica interna pone a distancia los afectos y los fantasmas, pero ellos retornan a través del sentido unívoco que le imponen a ella los acontecimientos de la realidad exterior, sentido que la confronta con los efectos negativos que ella es capaz de producir. Mediante el funcionamiento proyectivo, el dolor moral melancólico queda evitado, pero la autoacusación retorna en los hechos de los cuales ella se siente responsable: no se trata del sentimiento de culpabilidad sino de lo que se le aparece como constatación objetiva y deducción lógica de la cual debe tomar cuenta bajo la pena de la angustia: la angustia de ser peligrosa para los otros y para el mundo: La megalomanía de la "neurosis narcisista" aparece en la desmesura de la incriminación. No se trata de la angustia señal que determina inconcientemente los comportamientos de evitación, sino de acontecimientos

señal de los que debe tomar cuenta bajo amenaza de depresión y de culpabilidad melancólica.

La atención interpretativa dirigida a los acontecimientos y a la coincidencia de los hechos contrasta con la ausencia aparente de vivencia persecutoria en las relaciones con los otros, la ausencia de sensibilidad de interpretaciones intersubjetivas de los mecanismos de identificación proyectiva recayendo sobre los otros. Pero el análisis puso en claro la represión sistemática de las reacciones hostiles que ella sentía respecto de los otros cuando se trataba de relaciones marcadas por la ingratitud, la indiferencia respecto de ella o la malignidad. Ella relató situaciones vinculares en las cuales era explotada manipulada y engañada. Permanecía pasiva, incapaz de reaccionar, excepto vomitar su comida. No sentía el odio sino que los signos en la realidad daban prueba sus ojos del cumplimiento de la venganza. Los desplazamientos del objeto alcanzaban no sólo a la simbolización sino a la dispersión en el espacio y en el tiempo de los cumplimientos destructivos.

En un segundo tiempo en el curso de la psicoterapia, la lectura interpretativa de las coincidencias que le hacían excluir el azar tomó otras dimensiones, las de la premonición. Ella anticipaba la llegada de desgracias, especie de señal con valor de alarma. Aún en una relación a veces muy indirecta la ocurrencia de un acontecimiento displacentero daba razón a su presentimiento y justificaba evitar acciones y relaciones que estimaba peligrosas para ella y sobre todo para los otros. Hacía falta trabajo y tiempo para que ella terminara de comprender que la víctima que ella quería proteger se hallaba protegida por desplazamiento el objeto de sentimientos ocultos por medios ambivalentes o aún de movimientos pulsionales devastadores.

Al final de muchos meses, la actividad proyectiva cambió de significación volviéndose el recuento de códigos secretos que excitaban su curiosidad y que se convirtieron poquito a poco en una especie de juego que desarrollaba en sesiones con visos fantasiosos. Le dirigían signos misteriosos: el boleto del subte cerca de su entrada traía manuscrito: "es en lo de R." O el día de ayer en Israel, Rabin fue asesinado y el nombre de su asesino era Isaac... Los signos de la publicidad se dirigían a ella conmoviéndola emocionalmente, por ejemplo la letra que correspondía a la primera del nombre de su padre, cifras que mediante encadenamientos complicados la llevaban a su historia familia, a su antiguo amante Juan etc.

Aquello que en otros casos correspondería a la asociación de ideas, en la actividad imaginaria se hallaba para ella escrito en la realidad que percibía y que alimentaba sus miedos, su excitación y sus discursos en las sesiones.

E hizo claro que ella intentaba así dar lugar a lo que permanecía subyacente: el retiro de los investimentos libidinales de la realidad social, el aburrimiento, el vacío y fundamentalmente la pérdida de sentido de la realidad, del mundo y de ella misma. El investimento doloroso de la realidad cruelmente indiferente o su desinvestimiento estaba contrarrestado por el investimento de una forma de neorealidad excitante, la de un mundo cifrado que daba señales, como los seres superiores, a los iniciados capaces de ver aquello que escapa a los otros. Ella estaba embuflada por este poder mágico que de cierta manera la identificaba con su padre permitiéndole mantener un lazo supranatural con él. Así, a menudo, las inferencias no realísticas se hallaban en relación con desplazamientos complicados que conducían a Cristo, a Juan y al final de circuitos más o menos alambicados al padre.

Conclusiones

El proceso proyectivo juega un rol fundamental en la diferenciación del sí mismo y del otro, en el establecimiento y la necesaria fluctuación del límite interno-externo, adentro-afuera. Tiene funciones simultáneas o sucesivas diversas y contradictorias. Así su función expulsiva es también restitutiva de lo que fue reprimido, negado y de lo que es irrepresentable. Esto alcanza figuración a partir de la percepción y del sentido dado a los acontecimientos de la realidad exterior hallándose comprendidos en los delirios que prosiguen a un episodio psicótico tratado psiquiátricamente.

Los diferentes aspectos de la proyección depende de sus relaciones con la introyección. Esta se halla radicalmente excluída en la proyección paranoica. Por otra parte el efecto obtenido por el trabajo analítico se sitúa en principio en el plano de la reconstitución de un espacio de pensamiento común con el analista en el cual puedan ser tratados los conflictos pulsionales. El proceso proyectivo, según el análisis de las funciones que tiene en relación a la historia infantil, puede entonces continuarse con reintroyecciones de igual modo que las manifestaciones temporarias de proyección.

Para concluir yo diría que la introyección es siempre un proceso, mientras que la proyección es a la vez un mecanismo y en función de sus relaciones con la introyección un proceso que impide o vuelve posible el trabajo analítico en los confines de la psicosis.

Referencias Bibliográficas

- Brusset, B. (1998) *Hypocondrie*, Paris, PUF, coll. «Que sais-je?», n° 3366.
- Brusset, B. (1999) Détresse et rapport à l'objet, in *Les états de détresse* sous la direction de J. André et C. Chabert, Paris, PUF.
- Freud, S. et Breuer J. (1895), *Études sur l'hystérie*, Paris, PUF.
- Freud, S. (1911), Remarques psychanalytiques sur l'autobiographie d'un cas de paranoïa (*Dementia paranoides*), in *Euvres complètes, Psychanalyse, X*, Paris, PUF, p. 225-304.
- Freud, S. (1912), *Totem et tabou*, in *Euvres complètes, Psychanalyse, XI*, Paris, PUF.
- Freud, S. (1915), *Métapsychologie*, in *Euvres complètes, Psychanalyse, XIII*, Paris, PUF, 1988.
- Freud, S. (1920), Au-delà du principe de plaisir, in *Essais de psychanalyse*, trad. J. Laplanche et J.-B. Pontalis, Paris, Payot, 1981.
- Freud, S. (1922), Sur quelques mécanismes névrotiques dans la jalousie, la paranoïa et l'homosexualité, in *Euvres complètes, Psychanalyse, XVI*, Paris, PUF.
- Freud, S. (1926), *Inhibition, symptôme et angoisse*, in *Euvres complètes, Psychanalyse, XVII*, Paris, PUF